

## SISTEMAS SACRIFICIALES.

### UNA REFLEXIÓN SOCIOLOGICO-RELIGIOSA EN TORNO A LA CATEGORÍA DE “SACRIFICIO”

La pasión por el Todo quizá no sea, sin más, el anhelo peculiar de una determinada orientación filosófica, religiosa o política, sino un elemento latente en cualquier sistema humano configurador de la vida social donde se intuye que, aunque puede haber infinitos caminos, la opción por la comunidad es la única estrategia válida. China y sus habitantes encuentran en esta idea comunitarista un cemento particularmente potente a la hora de presentarse sin complejos ante el mundo como co-constructores de nuevos órdenes globales. Sin embargo, dicha implicación constructiva *ad extra* lleva aparejada una apertura que acaba inoculando dentro del propio cuerpo social diferentes modos de haberse con ese trasfondo de totalidad o absoluto: este ensayo presenta, por un lado, la categoría de sacrificio como un expediente útil para entender los modos en que la intuición del absoluto se configura socialmente, y por otro, algunos de los sistemas sacrificiales típicos que “compiten” en sociedades como la china, esto es, en sociedades que son ya producto de las “modernidades múltiples” que fluctúan a nivel global.

#### I. SACRIFICIO Y SUFRIMIENTO

##### *Teogonía y sacrificio.*

Cuando Moisés, según el relato bíblico de la zarza en Ex 3, experimenta la teofanía sobre la que pivotará su vida futura, más allá del impacto “visual” del extraño fenómeno, puede pensarse en la conmoción existencial surgida de las palabras que resuenan en su interior: «Yo soy el Dios de tu Padre...». Es que Moisés no había conocido a su padre. Por eso, esta experiencia debió de tocarle en lo más hondo, en un lugar, para él, de punzante, quizá dolorosa, ignorancia. A través de este encuentro con el Dios que se reivindica ante él como el Dios de su padre, Moisés se sentirá llamado a reconocerle como algo suyo propio: su dios entre otros de otros pueblos y gentes. Las plagas plasmarán pocos capítulos después el litigio entre el poder de YHWH y el de los dioses de los egipcios... Pero aquí es especialmente interesante atender a la garantía que Moisés recibe entonces en los aledaños del monte Horeb: Dios le asegura como sello que él dará culto en este monte, sacrificará ahí al Señor.

¿Por qué está presencia del sacrificio como sello, como elemento simbólico? ¿Se trata simplemente de una señal, de un cierto “cuando todo haya transcurrido bien nos volveremos a ver aquí como para cerrar felizmente esta historia y misión que ahora comienza”? Pero, entonces ¿por

qué no simplemente quedan emplazados para una comida, una fiesta, una oración festiva? ¿Qué indica aquí la presencia, algo extraña quizá para oídos contemporáneos, del sacrificio?

Esta perplejidad puede relativizarse a la luz de la tesis que se pretende plantear en este ensayo, a saber, la de que hoy se sigue sacrificando a otros dioses, si bien se trata de deidades transformadas... Ciertamente, en unas sociedades globales modernas que parecen prescindir de Dios y acreditar su ausencia, puede parecer que una misión de testimonio al estilo de la de Moisés –i.e. aquella que partiese de un encuentro con el Dios vivo- no tendría en ningún caso lugar a modo de “teogonía”, de conflicto entre deidades. Sin embargo, puede que esto, como está dicho, no sea más que una apariencia. Volveré sobre este punto algo más adelante en profundidad. Lo que me impulsa, de momento, a defender este marco de interpretación según el cual el Éxodo no sería una simple epopeya de tintes heroicos y sobrenaturales sino la plasmación de un conflicto cuya esencia poseería plena actualidad, es la presencia tozuda de la categoría “sacrificio” en las vidas y mundos simbólicos de la gente en las sociedades globales –en las rurales y, ciertamente también, en las urbanas- del S.XXI.

Lo primero que puede preguntarse es qué relación hay exactamente entre deidad, divinidad, esfera de lo religioso, etc. y sacrificio. Y si esta relación es constituyente o no. Excúseseme el no partir de una reflexión teológica en torno a la idea de Dios y de lo que de ella podría derivarse. Me interesa aquí, más bien, al contrario, partir de una categoría sociológica, de la constatación de una “acción social” al estilo Weberiano –como sería el sacrificio-, y acudiendo a la profundidad de lo que ahí se pone en juego, tratar de arribar a alguna de sus dimensiones socio-religiosas.

### ***El sacrificio que está ahí, “mereciendo la pena”***

Cuando alguien se sacrifica, es evidente que acepta cargar con un sufrimiento sobre sí por mor de algo valioso que, de alguna forma, compensa y da sentido a esa aspereza o dolor presente. Es decir, se produce una representación simbólica que abraza significativamente a esa realidad tan primaria que podría llamarse “sensación de desagrado”. Se trata a menudo de un desagrado inevitable, de un sufrimiento que está ahí, de una carga que hasta cierto punto no es negociable. Habría, sí, en algunos casos, actos de supererogación, cuyo sufrimiento anejo podría parecer gratuito y fácilmente evitable; pero cabría preguntar si la persona que de esa forma acepta sobre sí esa responsabilidad y carga, no se siente en cierto modo obligada en conciencia a obrar de esa forma y, por eso, confrontada con la realidad del sufrimiento por la vía del negarse a sí misma, del disponerse a cargar con problemas o retos por los que se siente interpelada y ante los que no cabe sin más la retirada. En estas y otras actitudes –nazcan de un fondo de generosidad o de pura obligación-, la

presencia del sufrimiento y de la consiguiente realidad simbólica del sacrificio es un elemento terco que, antes o después, termina por volver a hacer acto de presencia. Con todo esto, estoy dando a entender que, en el fondo, tal vez el sacrificio no sea más que el deseo puesto en acto de dar un sentido al sufrimiento.

Como bien intuye el budismo, el sufrimiento es algo universal, compartido por todos los seres humanos en todo tiempo. El sufrimiento es también en Ex 3 el desencadenante de la iniciativa de YHWH y de la misión de Moisés. En definitiva, por esa patencia del sufrimiento, la gente se sigue sacrificando, esto es, “haciendo sacros” y, por tanto, justificables, razonables, tolerables e incluso necesarios ciertos modos y expresiones de sufrimiento. De este modo, el sacrificio aparece como figura ineludiblemente humana capaz de categorizar, sin duda la relación con el absoluto, con Dios, pero también la organización social, la organización del propio tiempo, la visión del mundo, etc.; en suma, los absolutos concretos con los que el ser humano cuenta en la travesía de su vida. Sólo lo que se reconoce como absoluto, como de una importancia decisiva, puede justificar y reclamar que haya que sufrir por alcanzarlo o adecuarse a ello. Y es esta “justificación del sufrimiento” en lo que se basa el sacrificio. Sacrificarse supone un paso más que el mero sufrir. Si designase lo mismo no harían falta dos palabras distintas más que como mero expediente poético. Sacrificar (sacrificarse uno mismo o sacrificar a otros, otras cosas) es, hay que repetirlo, aceptar simbólicamente que ese sufrimiento es justificable o incluso necesario, y eventualmente, expresar esto a través de algún gesto o signo que represente ese acto mental de aceptación. Por tanto, no es que el sacrificio como categoría aparezca allí donde el hombre es un creyente de un dios que exige de él actos de culto como expresión de sometimiento, obediencia o pleitesía al modo de los señores feudales o totalitarios de la historia humana. Es más bien que el sacrificio –recuérdese: el ansiado impulso de dar un sentido al universal y tozudo sufrimiento del hombre-, encontrará mil y una formas de expresarse y configurarse, algunas de las cuales se inscriben en el ámbito específico de unas formas religiosas socialmente reconocidas.

Por eso, puede decirse en un sentido amplio, como estaba apuntado arriba, que, hoy día, más allá de a YHWH, se sigue sacrificando a otros dioses, a otros absolutos, ante los cuales los hombres y mujeres de a pie realizan actos de sacralización: me someto a este sufrimiento por algo que, hasta cierto punto, adoro y es para mí un sumo bien; y en haciéndolo completo simbólicamente esa aceptación con cualesquiera argumentos, ornamentos, brindis o propósitos que, eventualmente, me refuercen en la convicción de que aquello es, sin duda, justo y necesario.

Mi tesis en este ensayo es que esta realidad del sacrificio está, de forma más o menos explícita, omnipresente en el tejido de acciones simbólicas que conforman una sociedad. Y esto pretende ser una afirmación descriptiva que responde fenomenológicamente a cómo las propias personas experimentan simbólicamente muchas de sus acciones sociales en términos sacrificiales. De forma que la cuestión pertinente no sería si el sacrificio tiene o no algún lugar en las sociedades contemporáneas, si no, más bien, de qué formas se reviste.

En un análisis de tipo más crítico y propositivo se puede además indicar en qué modos puede dicho sacrificio vivirse como un elemento socialmente positivo, alejado de los extremos de una mentalidad que, bien negase esta dimensión sacrificial dejándola con ello como fuerza socialmente inconsciente y, por eso, ocultamente actuante y difícilmente controlable, bien la superexaltase hasta el punto de destruir otros elementos positivos que en una adecuada actitud sacrificial podrían ser podados y potenciados. Por supuesto, esta segunda parte propositiva, que en cierta medida siempre es esencial para cada persona, conduce inevitablemente a una discusión valorativa sobre qué se considera positivo. Y últimamente depende del concepto de persona humana, como ser simbólico y social, que uno tenga. En otras palabras, cuál es el sistema sacrificial –con sus respectivos dioses o deidades que lo fundamentan- que merece de verdad la pena.

## **II. OFERTAS SACRIFICIALES DE SENTIDO**

### ***El sistema de los mil sacrificios simultáneos***

En ocasiones es tanta la carga de ornamentación la que alcanza ese acto sacrificial –ese acto de justificación y hasta ensalzamiento de algo que implica intrínsecamente sufrir- que se pierde de vista la realidad dramática que supone, siempre, en alguna medida, para todo ser humano el tener que vérselas existencialmente con el sufrimiento. Quizá puedan identificarse las sociedades modernas globales como complejos y elaborados mecanismos de simbolizaciones sacrificiales que, en su oferta de la acción sacrificial concreta que siempre van buscando proponer, subrayan unilateralmente la justificabilidad y necesidad de adoptar ese determinado modo de acción y de comprensión simbólica, a la vez que se esfuerzan por disimular el inevitable sufrimiento que lleva aparejado o, en todo caso, tratan de difuminar y relativizar las incompatibilidades de sacrificar en varias formas diferentes a la vez. La vorágine del mundo de la publicidad en sociedades capitalistas puede sin duda comprenderse a la luz de este proceso de simbolización sacrificial. La hermenéutica del capitalismo imperante en el mundo occidental y penetrante en Oriente apuesta exactamente por estos parámetros y modos de interpretación.

Habría quizá dos máximas esenciales, aunque subrepticamente ocultadas, con los que esta hermenéutica dominante del capitalismo pretende ordenar el mundo de simbolizaciones sacrificiales de los miembros de una sociedad. La primera sería: “¡ensalza, admira y ama este producto, ahora, como un bien en sí mismo, sin atender a lo que te cuesta, a lo que puedas dejar de lado por conseguirlo o a lo que vale de hecho en comparación con otros bienes deseables!”; evidentemente la segunda parte del mensaje (“sin atender a...”) resulta por lo general omitida en el mecanismo publicitario. La segunda máxima sería algo así como: “¡jama ese producto a la vez que amas otros de diferente orden, de modo que nada te lleve a pensar que el amor a un producto excluye o jerarquiza el verdadero amor a otros: tu capacidad de amar, desear y adquirir es ilimitada!”. Como se sabe, la categoría sufrimiento es en este sistema intencionalmente omitida, entre otras cosas porque la segunda máxima mentada cuenta con el axioma de que nada merece un sufrimiento absoluto, precisamente porque la capacidad de consumir del usuario por principio no ha de tener límite. Desde luego, potencialmente, esta segunda máxima puede entrar en conflicto con la primera, especialmente si el consumidor se detiene a reflexionar más y más profundamente hasta qué punto el producto en cuestión merece la “pena”. Porque este tipo de reflexión lleva a examinar los límites, pero el axioma en la raíz del sistema dice que no hay forma de toparse con ellos. Ahora bien, si no se toca el límite no hay modo de conectar con lo más-allá-del-límite o con lo que define el límite (aquí de tintes existenciales) en cuanto tal, con lo absoluto. Esto explica que, por principio, ningún “producto” –en esencia, aquello deseable por lo que se pueda sacrificar- deba ser percibido como *per se* claramente superior a otro. Nada puede valer demasiado. Se trata de una invitación tácita a un equilibrio inestable: sufre, sacrifica por algo, pero de modo que cambies suficientemente rápido a otra cosa... si pierdes esta flexibilidad y esta capacidad de permanecer en una mediocridad de opción por algo, el sistema te perderá como destinatario del primer principio; no se podrá contar en serio contigo para seducirte con nuevos productos; pasarás a vivirte y ser percibido fuera del centro del sistema, quizá en el margen. Habrás quedado demasiado decisivamente marcado por “un” sufrimiento: serás demasiado libre para sacrificar por otros productos, o simplemente habrás sido consumido como víctima de un solo producto. El sistema funciona hasta cierto punto, aunque filosóficamente comporta una contradicción insalvable porque invita realmente a sacrificar (sufrir sin reservas por algo) en actos concretos, pero hace a la vez imposible la noción de sacrificio dado que nada es absoluto, nada puede volverse realmente sacro. La publicidad, que es expresión de las máximas y principios que rigen el sistema, se articula habitualmente como mecanismo que incita por un lado este tipo de pensamiento sacrificial –¡entrégate sin reservas a este producto!-, pero a la vez necesita que el mensaje no sea tomado existencialmente en serio. Dado que uno de los objetivos del sistema es maquillar el sufrimiento bajo la capa de lo atractivo, no puede ser una sorpresa que cuando el consumidor, debido al deterioro circunstancial de su poder adquisitivo, comienza a sufrir la

pena que aparentemente merecía el producto en cuestión, la vivencia del límite pueda percibirse como algo brutal y para lo que el sistema solo precariamente cuenta con medidas de contención.

### ***Los sistemas del único sacrificio radical***

Ha habido, sin embargo, hermenéuticas sociales más honestas con la realidad del sufrimiento. El marxismo, por ejemplo, mira de frente a este lado farragoso de la existencia y, siendo sensible a este problema del ser humano, encuentra sentido a aquel sufrimiento que se deriva del trabajo que transforma y hace progresar al mundo. Si este progreso se desarrolla en el marco de la sociedad sin clases, el sufrimiento tiene sentido: en pro del trabajo y la riqueza que genera para ser repartida equitativamente vale la pena “hacer sacrificios”, es decir, al menos simbólicamente, declarar como razonable todo lo que conduce a que todo el mundo tenga un trabajo en el que la plusvalía esté en posesión de aquel que la genera con su fuerza de trabajo. Cualquier otra cosa, a saber, familia, iniciativa personal, gestión del propio tiempo... es supeditado o sacrificado al fin principal. Se trata, sin duda, de un sistema radicalmente coherente con la tan humana realidad del sacrificio, hasta el punto de que no pretende ocultarla. El ser humano sufre y a la vez sacrifica porque es inteligente y capaz de dar un sentido a esos condicionamientos a los que está atenido. Además, la realidad del sacrificio es, en sí misma, excluyente: existe una jerarquización inevitable de valores, y respetarla es la única forma de asegurar un auténtico progreso del ser humano, como individuo y como colectividad.

Y lo que merece el sacrificio radical es la distribución equitativa de la riqueza. A eso debe todo ordenarse, y haciéndolo así, con esa claridad de criterios que sólo puede lograrse a nivel global por una reducción de las ofertas de sentido gracias al control de los medios, se ganará a los individuos concretos como artífices libremente involucrados en la causa. Gente que no se engaña, que mira de frente las necesidades humanas, que tiene un fin noble y sabe de los medios que ha de emplear y aceptar para ello. Una masa de gente sacrificándose en una misma dirección: “por el trabajo, para una sociedad de riqueza homogénea, sin dejarse distraer por sacrificios de otro tipo como los aparejados a la familia, el tiempo libre o la religión”.

Cabe preguntar, desde luego, qué sucede cuando el Partido Comunista, el insigne responsable de poner en ejecución esa sociedad sin clases, constata de alguna forma que no es capaz de hacerlo, sino que, al contrario, la diferencia entre clases privilegiadas y masas proletarias aumenta en dicha sociedad. Desde luego, el problema siempre puede residir “fuera”, o mejor, tanto fuera como dentro, en el sistema económico global, y por eso la existencia y gobierno único del Partido

están justificados –y puede/debe por eso sacrificársele- hasta que el sistema económico y social global no responda a un sistema comunista que aseguraría el trabajo e igualdad de todos.

Además del sistema sacrificial comunista como ejemplo de sistema radical, existen otros modos y sistemáticas de concepción del sacrificio que participan, al menos en sus bases teóricas, de esta radicalidad. Las religiones pueden contarse entre ellos. Cada sistema es responsable por el peculiar equilibrio y jerarquía de sacrificios que debe asumir la persona que acepta o es inducida a ser parte, en alguna medida, de ese sistema. El sacrificio puede valer como categoría ineludiblemente humana que permita un diálogo profundo sobre el *quid* de cada sistema: sobre lo que cada sistema puede aportar a nivel personal y social, sobre sus bases y fundamentos, sobre los motivos profundos por los que afirma “ser justos y necesarios” ciertos tipos de sufrimiento, etc. Ahora bien, para entrar en este diálogo es necesaria una extraordinaria lucidez personal que pueda poner en claro a qué realmente uno sacrifica habitualmente, también a qué le vale a uno la pena sacrificar, así como una gran perspicacia en el análisis social que pueda ayudar a detectar cuáles son los motivos principales de sacrificio de la gente en las sociedades contemporáneas.

***¿Una categoría (“sacrificio”) de cariz innegablemente religioso en un contexto social metódicamente agnóstico?***

En cualquier caso, lo que me interesaba resaltar, más allá de estos dos tipos (o familias tipológicas: una relativista, otra radical) de sistemas sacrificiales contemporáneos, es que el sacrificio existe allá donde el ser humano vive, piensa y simboliza con el fin de no desesperar claudicando al sufrimiento que le atosiga o, cuando menos, le incomoda permanentemente.

En ese sentido, el avance y expansión del secularismo (ateísmo o, más comúnmente, agnosticismo práctico) en algunas partes de lo que podría llamarse “mundo moderno” parece ser un interesante indicador de la independencia de la categoría sacrificio –o, si se quiere, más penetrantemente, la mentalidad sacrificial- frente al ámbito de la fe y la mentalidad explícitamente religiosa. Mucha gente soporta o encuentra sentido en sufrimientos (sacrificios) en vistas de un fin, en principio, completamente “arreligioso”. Y, sin embargo, pese a esta aparente independencia, hay algo en el concepto de “sacrificio” que lo liga inextricablemente a la categoría de “religión”, y que no es otra cosa que el referente absoluto que lo fundamenta. Y es que, repito lo ya afirmado, solo lo que es absoluto o, si se quiere, fin principal de una vida (aquello que ordena las prioridades, la gestión del tiempo, las elecciones importantes y las pequeñas) puede a fin de cuentas merecer sufrimiento y, en esa medida, encontrar expresiones sacrificiales.

Así pues, un análisis más profundo del llamado secularismo parece apuntar, más que a una desaparición de la religión, a una transformación de las deidades tradicionales en otras, *i. e.* otros absolutos con su sistema de medios y representaciones simbólicas y sacrificiales. Desde este punto de vista, por cierto, parecería que la religión y dichas deidades vienen a ser “necesarias” superestructuras, proyecciones o creaciones de un espíritu humano confrontado con el enigma y el reto del sufrimiento y su justificación.

***Para orientarse en medio de los sistemas sacrificiales: ¿es viable transformar el sufrimiento en amor? La propuesta judeo-cristiana***

El planteamiento sacrificial propio del judeo-cristianismo viene a proporcionar una sorprendente perspectiva sólo apreciable desde la aceptación de la posibilidad de una iniciativa liberadora de Dios. Cuando en el libro del Éxodo (Ex 3, 7ss), YHWH dice: *«Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto (...) pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa»*; la justificación del sufrimiento se transforma en un: “Dios conoce el asunto y lo ha juzgado injustificable”. Incluso, pues, si por alguna razón el sufrimiento no desapareciese, el sacrificio de aclamación –aquél por el que se aclama algo- de que YHWH conoce nuestro sufrimiento y va a bajar a librarlos, tendría sentido, proporcionaría sentido.

Me interesa destacar aquí el rasgo diferencial de una expresión simbólica y sacrificial como ésta cuya principal virtualidad es fortalecer en la esperanza ante el sufrimiento. Y esa diferencia es que un sacrificio que tuviese como referencia esta iniciativa salvadora de Dios resalta frente a otros tipos de sacrificio un elemento relacional fundamental: hay una relación personal entre Dios y yo, al que le preocupo y frente al que puedo mostrar una expresión de agradecimiento. En el marxismo, por ejemplo, los sacrificios tienen como referencia inmediata el valor del propio trabajo y como referencia última el valor de la equidad, o si se quiere, de una superación del egoísmo que es expresión de un “quiero a todos completamente por igual y soy querido por todos en el mismo exacto grado (conforme a mis necesidades)”. La relación personal con otros seres está ineludiblemente mediada por el concepto abstractivo de la colectividad que es, en virtud de su significado, un factor despersonalizador. En el sistema sacrificial capitalista descrito arriba, por su parte, los sacrificios tienen como referencia el valor de la gratificación de mi mérito o mi suerte de cara a los fines (efímeros) que cada individuo valora según su criterio. En otras palabras, yo me sacrifico para ser reconocido y recompensado, de forma que esos reconocimiento y recompensa, puedan ser tasados y reinvertidos en el sistema como valores neutros (*i.e.* dinero) con los que aspirar



y consumir incesantemente nuevos fines. Los fines deben ser concretos y deben poderse consumir, de forma que el sacrificio siempre se supedita al control tasador de aquel que se sacrifica y pueda articularse esencialmente como cálculo conforme a unos baremos bien definidos aunque en permanente fluctuación. De nuevo, el imperativo de la conversión en valor monetario es despersonalizador.

En el judeo-cristianismo y, especialmente, en el rito eucarístico que conmemora el sacrificio expiatorio<sup>1</sup> y cruento de Cristo, lo específico del sacrificio es que se refiere a una relación personal y amorosa con Dios. El sufrimiento tiene sentido porque Dios lo conoce, porque a Él le importa y preocupa, y esto hasta el punto de dejarse afectar existencialmente por éste para llegar a transformarlo en expresión de amor. El sufrimiento queda, en esta perspectiva, “bautizado” en el amor, hecho posibilidad de llegar a ser sacrificio que expresa amor (= afecto que no hace cuentas), en la medida en que es contemplado como un paso gratuito de Dios ante el que, ante todo, cabe el agradecimiento. Este fue, quizá el primer nombre de dicho rito eucarístico: Acción de Gracias. Es esta reacción tan profundamente humana de sentir impulso al agradecimiento y al deseo de imitación, la que explica pasajes bíblicos como: *«también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo»* (1 Pe 2, 5).

### **III. Conclusión: un criterio de discernimiento para el sacrificio**

Y precisamente porque esta peculiar comprensión del sacrificio, como cualquier otra, cuenta con la fe de que esa justificación del sufrimiento se basa en asunciones reales, a saber: “que Dios ha bajado compadecido” en el judeo-cristianismo; “que consiguiendo dinero mis fines se harán realidad” en el capitalismo; “que consagrándome al trabajo, eventualmente bajo el gobierno único del Partido, se alcanzará la fraternidad universal” en el comunismo... todo sistema sacrificial debe ser consciente de que no le asiste, en el ámbito de la pura especulación, ninguna superioridad por encima de otros sistemas sacrificiales o, si se quiere, sistemas religiosos (con perdón de otras denominaciones que también serían convenientes desde otras perspectivas para el capitalismo y el comunismo...) en la medida en que todo sacrificio cuenta con algún absoluto o deidad.

---

<sup>1</sup> Acudiendo a su sentido original proveniente del mundo hebreo, expiatorio alude a la tapa de oro que cubría el Arca de la Alianza y que era, precisamente llamada “el Expiatorio” o “el Propiciatorio” (u`laste,rion). En el lugar situado entre las alas de los dos querubines que, contrapuestos, decoraban la parte superior del Arca de la Alianza, los hebreos se representaban imaginativamente la presencia “cuasi-física” de YHWH en medio de su Pueblo (cfr. 1 Sam 4,4; Ps 79,1; 89,1; también Ex 25,22). Una presencia favorable, que apunta a un “interceder por”. El adjetivo “expiatorio” tiene, así, esencialmente el sentido de que alguien se implica en favor de otro.

Por todo esto, se hace enormemente importante aquella aseveración del evangelista Mateo apuntando a la única piedra de toque que quizá puede hacer inclinar la balanza de la credibilidad de uno u otro sistema sacrificial, para presentarlo como aquel que de verdad merezca la pena: “por sus frutos los conoceréis”. Los sistemas sacrificiales, en suma, se acreditan según una lógica del testimonio.

Ignacio Ramos Riera  
tachisj@comillas.edu